



BOLETÍN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON

D. Juan Balanzategui y Olarte, Pbro., Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral de León y Delegado general de Capellanías y fundaciones pías del Obispado del mismo nombre por nombramiento del Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo diocesano, etc.

Hace saber: Que en cumplimiento de lo dispuesto en el Convenio últimamente celebrado con la Santa Sede y publicado como ley del Estado por Real decreto de 24 de Junio de 1867 sobre el arreglo definitivo de las Capellanías colativas de sangre y otras fundaciones piadosas de la propia índole, y principalmente en la parte á que se refieren sus artículos 12 y 13 y los 34 y 35 de la Instrucción acordada entre el M. R. Nuncio Apostólico y el Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia para llevarle á debida ejecución, esta Delegación está instruyendo el oportuno expediente promovido por el Excmo. Sr. D. José Osorio y Silva, Duque de Sexto y otros títulos, vecino de Madrid, para la conmutación de rentas de las dos Capellanías fundadas en la Iglesia parroquial de Grajal de Campos con el título de Nuestra Sra. la Antigua.

Por tanto, en virtud de este edicto, cita, llama y emplaza á los encargados del patronato activo, á los interesados en el pasivo y en general á todos los que se crean con derecho á los bienes que constituyen las enunciadas Capellanías para que en el término de treinta días contados desde esta fecha comparezcan en dicho expediente á exponer el que creyeren convenirles, bajo apercibimiento de que pasado este plazo se procederá, sin su audiencia, á determinar lo que correspondi parándoles el perjuicio que hubiere lugar. Y para que surta los efectos consiguientes por acuerdo de esta misma fecha he resuelto librar el presente que se fijará en las puertas principales de la citada Iglesia y se insertará en los Boletines eclesiástico del Obispado y oficial de la provincia.

Dado en León á 15 de Septiembre de 1902 —Juan Balanzategui.

LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN FRANCIA.

Propio es de los periódicos diarios el tener á sus lectores al corriente de los acontecimientos que de día en día se van desarrollando, y así ocurre con las diferentes fases que ofrece la inicua persecución de que es objeto la Iglesia en la vecina República. Sin embargo, no podemos menos de registrar en las columnas de este BOLETÍN ECLESIASTICO, la conducta de nuestros hermanos los católicos franceses, que entrañan para todo hombre pensador lecciones no despreciables. Hay en los relatos de los periódicos narraciones que hacen palpitar de entusiasmo, y quién sabe si el Señor querrá sacar el bien del exceso mismo del mal, haciendo despertar á los buenos de su inercia y uniéndolos como un solo hombre ante el enemigo que, unas veces hipócritamente, y otras con bárbara franqueza, quiere,

como ha dicho Coppe, pisotear los manteles de sus altares y los pliegues de su bandera.

Los decretos draconianos del ex abate Combes mandando primero el cierre de 130 establecimientos religiosos y más tarde el de 2.500 escuelas congregacionistas, ha sido el bofetón que en la mejilla del pueblo francés ha descargado su cobarde Gobierno.

Este bofetón, sin embargo, ha hecho salir al rostro de los católicos franceses el carmín de la vergüenza y los arrebatos de una noble indignación contra los desleales que en nombre de la libertad son los asesinos de la libertad verdadera, contra la que sarcásticamente, llamándose amigos del pueblo, arrojan de sus propias casas á los verdaderos protectores del pobre y del desvalido.

Las nobles señoras francesas no han sido las últimas en esta manifestación de indignación. Habiendo pedido una audiencia á la señora de Loubet, y siendo desatendidas, han dirigido á la esposa del Presidente la siguiente hermosa carta:

«*A la Sra. Emilia Loubet.*

»Señora: Hemos ido esta mañana al Eliseo, en nombre de las madres francesas, para protestar contra las medidas opresoras dictadas contra sus libertades.

»Estábamos, persuadidas de que ninguna mujer francesa puede permanecer ajena al acto indigno que se está realizando.

»Nos hemos equivocado. Vos tenéis miedo, sin duda, señora, de saber por nosotras los sentimientos de dolor indignado que sublevarán al alma popular.

»Esperábamos, señora, que, educando cristianamente vuestros hijos, haríais causa común con nosotras y no queríais conservar para vos y para los vuestros un privilegio que no está de acuerdo con el programa de la igualdad republicana.

»Si, como nosotras, os hubieseis mezclado con la multitud estos días, os hubierais convencido de que no se viola impunemente las conciencias. Si no hemos podido hacer llegar hasta vos nuestras protestas, nos reservamos el derecho de reproducirlas todos los días y á todas las horas.

»Todas las mujeres, ricas y pobres, están, para en adelante, unidas en el mismo sentimiento de indignación, y el Gobierno, que se atreve á poner la mano sobre sus hijos, las encontrará en todas partes frente á él.

»Recibid, señora, la expresión de nuestros sentimientos distinguidos.

»*Baronesa René Reille. — Cibiel. — Condesa Alberta de Mun. — Jacoba Piou. — De Pomairols. — Baronesa Jabier Reille.*»

En media Bretaña los agentes del Gobierno han tenido que capitular ante la resuelta actitud del vecindario. En la ciudad de Morlaix, el pueblo en masa ha rodeado los conventos por espacio de tres días y los agentes de la fuerza pública se han retirado sin poder acercarse á la puerta. En Ploermel, en Cancele, en Santa Ana de Auray, en Quimper, en Saint-Briene, en Ploulinec, los Alcaldes y la policía, aterrorizados ante la cólera del pueblo, no han podido tampoco cumplir el mandato gubernativo.

En otros Departamentos, como las Bocas del Ródano, la Gironda, Ardeche, Correz, etc., las autoridades han creído más prudente recurrir á un subterfugio, y han advertido al Poder central que los establecimientos religiosos de aquella región se habían incluido por error en la lista de clausura, y que debían continuar abiertos, pues tenían sus papeles en toda regla.

Más elocuente y más curioso todavía es lo ocurrido en algunos pueblos de las afueras de París, que son literalmente lo peor de Francia, en el sentido religioso, como creencias y como costumbres. Allí nadie pensaba en consideraciones morales, pero sí en el daño material.

Los padres de familia, que van, lo mismo que sus mujeres, á trabajar á París, dejan los hijos confiados todo el día á las Hermanas, que les instruyen y les dan de almorzar gratis; la clausura de las escuelas era, pues, una calamidad pública, y para conjurarla no han perdonado medio los perjudicados.

En Levallois Perret, 1.200 hombres acudieron á la Alcaldía en actitud amenazadora y obtuvieron por la fuerza que la expulsión se aplazase.

En Bagnolet, cuando las Hermanas salieron con sus modestos equipajes, encontraron la casa bloqueada por 400 padres de sus discípulos, que sordos á sus ruegos de dejarlas cumplir con la ley, las encerraron bajo llave, diciendo que ya se entenderían ellos con el Comisario de policía.

Escenas análogas han tenido lugar en Vitry, en Malakoff y en casi todos los arrabales de París.

El telégrafo anuncia que en muchos pueblos los aldeanos levantan barricadas con carros y aperos de labranza.

En muchos pueblos de pescadores grupos de marineros hacen frente á las autoridades, impidiéndolas llegar á los conventos.

La escena ocurrida en París al abandonar su convento las Hermanas de Santa María, encargadas de las escuelas de la Párrroquia de San Ambrosio, fué interesante.

El barrio es muy malo, de los peores de París como ideas, y sin embargo, tal es la popularidad de las buenas religiosas, y tan universal el respeto que inspiran, que cuando los manifestantes salieron á la calle, de todas las casas y de todas las tiendas acudieron las gentes á engrosar sus filas, tomando por la mano á los alumnos y vitoreando á sus maestras.

La demostración completamente espontánea, pues nadie había pensado en prepararla, no tuvo término más que con la llegada de numerosas escuadras de polizontes, capitaneadas por el Prefecto de policía en persona, Sr. Lépine, que redujeron á

prisión á los aclamados, si bien á la caída de la tarde no hubo más remedio que soltarlos, cuando ya se había calmado la efervescencia de las turbas.

En las escuelas de la calle de San Roque el espectáculo fué mucho más grandioso, pues la manifestación se había preparado desde la víspera, desde que las madres de familia del barrio, en número de 400, habían sido echadas del Palacio del Elíseo, donde acudieron con una exposición para la Sra. Loubet, pidiéndola interpusiera su influencia para que no partieran las hermanas de la Providencia, que eran al pie de la letra, la providencia de sus hogares.

Desde las inolvidables fiestas franco-rusas no había sido París teatro de manifestaciones tan atronadoras.

Las Hermanas de la Providencia, rodeadas de un grupo de diputados y concejales revestidos de sus insignias y seguidos de un cortejo que bien puede calcularse excedió de cincuenta mil personas, los hombres todos con la cabeza descubierta en señal de respeto, recorrieron los puntos m's céntricos de la capital. la calle Saint-Honoré, la avenida de la Opera, el gran *Boulevard*, la calle Auber, la del Havre, hasta la estación de San Lázaro, en medio de ovaciones indescriptibles, en que rivalizaban el entusiasmo con la cólera y la majestad con la censura.

Por un delicadísimo pensamiento, manos piadosas habían deshojado centenares de flores en su calle, y las atribuladas víctimas, al pasar los umbrales de su casa, principiaron á caminar sobre una perfumada alfombra de pétalos de rosas.

Desde los balcones del tránsito, desde los coches, desde los tejados de las casas, desde las imperiales de los ómnibus, que muchos tomaban por asalto con ese objeto, llovieron también sobre ellas durante toda la carrera ramilletes y brazadas de flores, y en el vagón mismo, donde fueron izadas en medio de una explosión de lágrimas y de un ¡viva! inacabable, los empleados

del tren las cubrieron de violetas, obteniendo una salva de ruidosísimos aplausos.

«Bien nos hallemos —dice un corresponsal— en los comienzos de un nuevo Terror, bien en la aurora de una sana reacción religiosa, producida por el exceso del mal, las escenas de este día quedarán en la historia.»

La actitud valiente de los católicos de París, secundada por las manifestaciones imponentes de provincias, ha hecho que al Presidente del Consejo de Ministros se le haya pasado el humor para chanzas groseras, y que no se ría ni siquiera con la risa del conejo.

Además, y esto es lo importante, en un decreto el ministro confiesa haberse excedido en las listas de proscripción, de las cuales se excluyen ahora todos los establecimientos de carácter benéfico, Hospicios, Orfanatrofios, Asilos para la vejez, Hospitales de incurables, etc.

La persecución se limita, pura y exclusivamente, á establecimientos escolares, y no á todos tampoco, pues se permite que sigan abiertos los que puedan exhibir lo que se llama en Francia un decreto de tutela, es decir, un documento oficial que los autorice á recibir donativos ó mandas testamentarias, ó á adquirir inmuebles.

Por último, se admite una especie de beneficio de prescripción, digámoslo así, en favor de las Escuelas que gocen de antigüedad respetable, aunque no hayan sido autorizadas, juzgando que una benovolencia secular por parte del Estado puede reemplazar á una autorización escrita.

Todo esto es estrictamente justo y razonable y lógico, y no pasa de ser una modesta atenuación de la iniquidad; pero es el caso que todo esto que se había pedido inútilmente por los católicos en el Parlamento y fuera del Parlamento, y que solo se ha logrado de la noche á la mañana como por arte de encanto, cuando los oprimidos, en lugar de quejarse han akenazado, y en vez de bajar la cabeza la han erguido.

Ganancia líquida para los católicos: un millar de establecimientos religiosos que se salvan por esta vez del naufragio y que dejan reducida á dos terceras partes la lista de proscripción.

Aparte de la agitación popular se utiliza también el recurso de alzada ante los Tribunales, que en muchos casos da excelente resultado.

Copée, el insigne poeta francés, marcha al frente del movimiento de protesta, y no hay reunión á la que no asista y en la que no pronuncie hermosos discursos, alentando á los católicos á la lucha.

Viendo á las humildes y santas siervas de los pobres emprender el camino del destierro, y contemplando sus blancas tocas y sus negros hábitos, las comparo á las golondrinas y las digo:—¡Volveréis, volveréis pronto! Cuento con vuestro regreso. Pero como las aves que emigran, volveréis á un cielo de primavera, ya purificado, es decir, cuando el huracán de la indignación popular haya barrido la atmósfera de tiranía en que nos ahogamos, cuando de nuevo respiren los franceses las auras de la libertad.»

Asociación de SUFRAGIOS MÚTUOS del Clero de la Diócesis.

Núm. 17.

El día 10 de los corrientes, falleció el Presbítero don Juan de Dios Posadilla, Párroco de Villacé y Arcipreste de Vega y Páramo, y habiéndose hecho constar que pertenecía á la Asociación y por certificado del Sr. Teniente Arcipreste, que había aplicado las Misas, todos los asociados celebrarán por él la de Reglamento.